

LA ENSEÑANZA DE LOS TEXTOS EN LA UNIVERSIDAD

Como el título lo expone, voy a hacer unas breves consideraciones sobre la enseñanza de los textos en la Universidad y más concretamente en la especialidad de Filología clásica.

Antes de empezar haré unas pequeñas observaciones:

1) lo que voy a exponer es de naturaleza eminentemente práctica encaminado a hacer sacar a nuestros alumnos el mayor provecho posible de los textos.

2) confío que los oyentes no esperen recetas mágicas ni excesiva originalidad en mi exposición. Se han escrito en congresos, simposios y reuniones, cantidades de observaciones que no dejan campo libre para una excesiva originalidad. Me limitaré a recoger lo que crea más aceptable, sensato y práctico.

3) pido disculpas si alguna vez me dejo llevar por observaciones producto de la experiencia en otros campos no estrictamente universitarios o de la sección de clásicas. Mi dedicación como profesora de enseñanza media durante algunos años y de diplomatura durante muchos me arrastra a ello.

Y dicho esto, voy a dividir la exposición en varios puntos: el primero se podría titular como el de la mayor importancia de la comprensión del texto que de otras disciplinas secundarias.

Esto parece una verdad de Pero Grullo, pero si analizamos cuidadosamente los planes de estudio de Filología en las Universidades españolas, se observará que a los textos, latinos, en este caso, no se le da una importancia mayor ni en horas ni en categoría con respecto a otras disciplinas secundarias. Y en la comprensión, traducción y comentario del texto constituye, a mi modo de entender, la parte fundamental y sobre la que debería girar todas las demás disciplinas de Filología clásica. Pienso que deberíamos ser flexibles en los planes de estudio, no rígidos, y dar importancia fundamental y relativa a las distintas asignaturas.

Podemos decir que estudiamos Filología latina en tanto en cuanto tenemos textos que estudiar. Nuestra ciencia se fundamenta en textos y en este sentido no podemos hacer ningún tipo de excepciones: todos los textos que nos ha legado la Antigüedad son dignos de traducción y explicación y deben constituir el pilar sobre el que se asientan nuestros estudios. Otra cosa es que después

hagamos distintos compartimentos para que su estudio resulte más fácil y aparezcan diferentes disciplinas, pero no debe ser, como he dicho, algo rígido y separado de los textos o dicho de otro modo, los textos tengan que sufrir competencias a veces perjudiciales para ellos de otras disciplinas que, a mi entender, tienen que estar subordinadas a los textos.

La esencia de la formación de nuestros alumnos tiene que ser el entender la herencia clásica transmitida y esto es precisamente lo que no ha sido legado a través de los textos.

2) ¿Qué textos?. Ya he dicho que la Filología Clásica descansa sobre todos ellos. Ninguno es rechazable. Pero se entiende fácilmente que hay que hacer una selección. Los estudiantes que empiezan no están interesados en todas las parcelas. Hay que procurarles textos atrayentes, no aburridos. Se ha dicho que nuestra juventud no está motivada por ideales y temas trascendentes. La guerra, la esclavitud, la inmortalidad son asuntos que pudiéramos decir que están en baja. En cambio interesan las ideas sobre la mujer, la democracia, la educación, el amor o la naturaleza. Lo ideal sería una buena selección que tocará todos los estilos y autores más representativos para que el alumno que abandonara la enseñanza media y los primeros cursos de universidad se hubiera puesto en contacto y hubiera gustado de lo mejor de la literatura latina.

En los cursos superiores la subjetividad puede jugar un mal papel. Se puede caer la tentación de explicar en clase textos por los que estamos interesados en nuestras investigaciones o lo están nuestros especialistas. Tenemos que pensar que la formación del alumno no es todavía la nuestra y si nosotros podemos especializarnos en determinados temas a ellos debemos procurarles una visión de conjunto que les permita escoger en libertad el día de mañana lo que mejor vaya con sus aptitudes e inclinaciones.

Se ha hablado hasta la saciedad del modo de escoger los textos latinos, desde siguiendo criterios de dificultades crecientes pasando por el de estructuraciones históricas y terminando por el de géneros y grupos genéricos.

Mi opinión personal es que se deberían unificar criterios y hacer pasar a los alumnos de los primeros cursos por unas buenas y completas selecciones, y al decir completas me estoy refiriendo a que tocarán todos los géneros y autores representativos. Ya en la Universidad creo que hay autores clásicos de primera fila con los que el alumno tiene que estar familiarizado. Creo que en diplomatura, Virgilio, Horacio, Livio, algo de teatro, Cicerón y en general los clásicos más representativos no pueden faltar. En especialidad yo me inclino por cursos estructurados en géneros. Concretamente dedico el primer curso a historiografía y lírica. Entre lo que se lee en clase y lo que se le manda preparar a los alumnos, estos salen familiarizados con César, Salustio, Livio, Nepote, Suetonio y Anmiano Marcelino. En lírica vemos a Propercio y Catulo, teniendo en cuenta que Virgilio y Horacio ya han sido estudiados en diplomatura.

Algo que creo que no debe faltar al hablar de la selección de textos y que se solucionaría con el estudio por materias es el de una etapa por estudiar.

Y con esto me voy refiriendo a los texto tardíos y renacentistas que se pueden estudiar en otras asignaturas con las que éstas pueden ser un magnífico complemento de los textos latinos.

3) Metodología. El comprender un texto no es un instrumento para aprender gramática y otras disciplinas. La gramática no debe venir antes sino después como sucedió históricamente. El "ars" gramática ha seguido, no ha precedido al texto y ha nacido de la observación de éstos. Los textos tienen como misión leer en el original una literatura antigua valiosísima y que ha servido de base para la cultura occidental. Ahora bien, es cierto que hay que conocer la lengua para comprender el mensaje y que el docente debe poseer una teoría lingüística propia. Todos los conocimientos son necesarios para la comprensión y luego para el comentario del texto pero no debe servir, repito, de pretexto. A la hora de enseñar a traducir es cierto que hay que desmenuzar el texto al principio para lograr su comprensión, sobre todo al comenzar a leer un autor nuevo (los primeros capítulos deben ser analizados con cuidado, para observar las características propias de autor). Y el intentar captar sólo lo poético del texto que estamos leyendo sin la labor previa del análisis de la lengua me parece un error. Ahora bien, creo que llegar a apreciar el valor literario del texto clásico es a lo que debe aspirar todo estudio del texto. Los alumnos deben estar acostumbrados a gustar las sutilezas literarias. Sólo así podrán extraer todo su jugo al texto.

Un buen profesor, por otra parte, debe transmitir a sus alumnos no sólo los conocimientos previos a la comprensión del texto y los encantos literarios del mismo sino una metodología con la que los alumnos puedan a su vez formar nuevas generaciones de filólogos. Por lo que respecta a la traducción no se puede presentar un manual de técnicas ni para el profesor ni para el alumno. La experiencia para ambos, profesor y alumnos, irá diciendo el método aplicable en cada caso. Para el profesor no se le plantearán los mismos problemas explicando a Tácito que a Horacio. Y para el alumno sigue válida la regla de que a traducir se aprende traduciendo, no hay recetas mágicas que suplan una gran dedicación. Es preciso, por lo que respecta al alumno, que en la clase de textos no se convierta, menos que en ninguna otra en mero receptor pasivo de información. El profesor debe ser sólo un auxiliar que ayude al alumno, le corrija defectos y le esté manteniendo constantemente interesado en la materia. Pero es el propio alumno el que debe enseñarse a sí mismo con la ayuda de bibliografía, traducciones y comentarios que completen al profesor, mientras que éste tiene que realizar su trabajo enfrentándose con los textos, buscando bibliografías apropiadas, estudiando diferencias y sobre todo tomando decisiones cuando las dificultades lo requieran.

Algo que me parece también muy importante es la distinción entre la labor que se realiza en clase y lo que debe exigirse al alumno como tarea propia y personal. Es evidente que traduciendo sólo lo que se pueda leer en clase, el alumno será incapaz de conocer, al menos, una parte de la literatura latina

y adquirir una cierta práctica en la traducción. Si se le proporciona una apropiada bibliografía podrá preparar textos por su cuenta de los que luego podrá examinarse con o sin diccionario. Yo en este punto no estoy muy segura. Hay alumnos a los que les viene bien preparar una obra sin diccionario y en cambio a otros, lo he comprobado, con el paso del tiempo no les ha dejado ninguna huella porque se la han aprendido de memoria, pero de memoria, no para fijarla como texto literario sino sólo con vistas a un examen.

La memorización en la adquisición del vocabulario también me parece mala. Hay que habituar al alumno a leer latín. A adquirir vocabulario a base de su utilización. Y no me parece una pérdida de tiempo sino todo lo contrario dedicar todo el tiempo necesario incluso en los cursos de especialidad a enseñar al alumno a sacar el mejor partido posible del diccionario. Es asombroso darse cuenta cómo nuestros alumnos de especialidad, después de varios cursos de latín todavía no saben manejar bien el diccionario.

4) Traducción del texto.- Considero muy importante una introducción al autor que se va a leer en clase. Yo suelo concederle bastante importancia y empiezo por situarlo históricamente. Luego continuo con su biografía, sus contactos literarios y analizo cuidadosamente las características sintácticas, morfológicas, estilísticas y de toda clase que el alumno luego se va a encontrar en el texto. A continuación cuando el alumno se ha familiarizado con lo que va a leer empiezo la lectura propiamente dicha del autor.

Y en este punto se plantea un problema estudiado ya en infinidad de ocasiones: ¿comprensión o traducción?. Es cierto que es difícil expresar con palabras de una lengua los conceptos de otras. Esta dificultad existe también en la traducción de las lenguas modernas pero es evidente que entraña una mayor dificultad en la de las clásicas. Son muchos los conceptos, instituciones, objetos, etc, exclusivos de una cultura y época pasada que encuentran difícil correspondencia en nuestra lengua. Ahora bien, yo creo que si logramos que el alumno comprenda bien el texto, esto es lo realmente importante. Creo que la traducción se dará por añadidura.

Y por lo que respecta a la traducción en sí, llegamos a otro espinoso problema: ¿Literal o libre?. Yo siempre aún en las clases de principiantes, he acostumbrado a los alumnos a hacer una traducción elaborada en un buen castellano. Les he hecho ver el ridículo de los que sería que saliéramos a la calle hablando con el hiperbatón, por ejemplo latino. Ni aún como pretexto para la comprensión del texto he permitido que se pronunciara o escribieran frases o conceptos no correctos en castellano. Desde un primer momento le he ido acostumbrando a la rapidez mental con el cambio de conceptos y estructuras. Pienso que lo contrario es desde luego mucho más cómodo pero ayuda al alumno a no esforzarse aparte de constituir un híbrido lingüístico intolerable.

Es cierto que entre nuestros compañeros nunca hay quien defienda la traducción literal en un sentido completo pero si se la enmascara proponiendo

un medio entre la literalidad y libertad sin límites. Yo pienso, y les digo a los alumnos que el latín es una lengua y el castellano otra y debe respetar al máximo las estructuras de ambas. Por otra parte es evidente que el alumno debe traducir la mayor cantidad posible de conceptos e información. Claro está que no podemos exigirle que traduzca matices o características literarias pero si creo que un buen conocimiento de los recursos estilísticos y de la lengua española debe hacerle su traducción lo más cercana al texto latino al mismo tiempo de lo más elegante y artística que puedan. Esto no sólo les forma en humanidades clásicas sino que les ayuda a conservar y mejorar su propia lengua.

5) Comentario.- Yo entiendo el comentario como un interrogar al texto. A parte de la comprensión, debemos procurar que el texto nos facilite el mayor número posible de información. Es evidente que sin dominar enteramente el texto no podemos comentarlo y luego hacer una traducción, que yo creo está en proporción directa con lo que hayamos sido capaces de extraer de él.

Pienso que lo primero para hacer un buen comentario de texto es estudiar la propia naturaleza del texto. No es lo mismo cuando se trata de un texto en prosa o de una tragedia, comedia, texto filosófico o histórico, pongamos por caso. Y situar la obra en su género y luego a continuación en su momento histórico me parece fundamental. Luego viene el localizar el texto que estamos analizando dentro de la obra en general. Hay que preguntarse sobre la naturaleza del episodio en cuestión: exposición, antecedentes, explicación de un detalle pero no entendiéndolo como algo aislado sino en relación con lo que antecede y con lo que le sigue. Y es muy conveniente descubrir y analizar estas relaciones.

Pero una obra literaria supone un artista que la concibe y unos recursos que utiliza para ello, pero además es que está inmersa en una tradición literaria, dependiente de unos modelos que a veces son transparentes y otras hay que ir descubriendo. Y aquí podríamos tener la duda que un comentario de texto podría convertirse en un alarde de erudición pedante y vana. Y en efecto, según los proyectos que tengamos al hacerlo o mejor dicho la ausencia de ellos esto puede llegar a ocurrir. Pero si pretendemos que toda información posible ayude a la mejor comprensión del texto, demos que toda información posible ayude a la mejor comprensión del texto, esto no sucederá. A veces serán explicaciones sobre circunstancias biográficas, otras sobre historia literaria, historia de los géneros, etc, lo que nos facilitará la tarea de ir encuadrando el texto. Después se puede ir pasando a estudiar los diversos recursos que el artista utiliza para la elaboración del texto.

a) El vocabulario. No creo necesario llegar al fondo de las palabras, al estudio de su etimología. El origen de las palabras, según Ernour a menudo son diversos. Cada idioma tiene su fisionomía propia y las condiciones geográficas, los hechos históricos o sociales tienen una función considerable en la constitución de todo vocabulario aunque no siempre se pueda determinar con exactitud. Pero sí se puede analizar su coloración poética, su uso y su valor en el contexto. Se puede analizar el gusto por un lenguaje concreto. El gusto

y valor en la formación de palabras, en los adjetivos, en los compuestos verbales y en fin todo el sentido que se le puede arrancar a la palabra siempre es sumamente interesante.

b) el fonético, morfológico y sintáctico en la medida en que refleje estados de lengua, formas aberrantes y permita arrojar alguna luz sobre la calidad estilística del texto.

c) Comentario estilístico.- Aquí también conviene ubicar el texto dentro de un género, época y autor. Es algo difícil que requiere conocimientos amplios y además también cierto gusto y tendencias literarias por parte del que comenta. Se verá en primer lugar las partes en que está dividido el texto, luego toda la clase de procedimientos que ha utilizado el autor para ofrecernos el resultado que nos ofrece. No se puede proponer un plan general, esto es evidente. Cada texto aún dentro de un mismo autor, depende de la propia naturaleza del pasaje que se comenta. Pero sí repito que es un ejercicio en el que la estética del que comenta el texto juega un papel importante, es casi una creación literaria.

d) Por último el comentario humanista supone también una vasta cultura. Hay que entender alusiones históricas, jurídicas, religiosas, filosófica, etc, las cuales no podría entenderse el texto.

En fin y para terminar, el estudio de los textos en su traducción como en su comentario debe hacernos revivir, o mejor dicho, el profesor debe hacer revivir y hacérselo sentir así a los demás, una época, la época en que se ha escrito el texto del que se trata.

M^a Dolores Verdejo Sánchez
Universidad de Málaga